



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14

BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147

Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.
D. Antonio Brea.
Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.
Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.
D. Juan Vidal de Llobatera.
D. Ramón Vila y Colomer.
D. Tirso de Olazábal.
D. Manuel Rodríguez Maillo.

Sr. Conde de Guernica.
D. Gabriel J. Llompert.
D. Carlos Cruz Rodríguez.
D. Reynaldo Brea.

Todos los grabados que publica esta Ilustración, son originales é inéditos en España y en el Extranjero.



Luis de Perreyé

DOCUMENTO REGIO ⁽¹⁾

Venecia, 21 de Septiembre de 1891.

Mi querido Cerralbo: Si alguna vez he sentido ser pobre y he echado de menos los bienes materiales que la revolución nos ha robado, ha sido siempre ante las miserias ó las desgracias de España.

El dolor de no poder remediarlas en la medida de mis deseos renuévase más agudo cuando ocurren catástrofes como las de Consuegra y Almería.

Mi mujer y yo, conmovidos por el relato de tantas desdichas, te enviamos 5.000 pesetas para nuestros infortunados compatriotas, víctimas de aquellos desastres.

Son el óbolo de los desterrados y de los despojados. A él unimos nuestras fervientes oraciones por todos los que sufren con este azote del cielo, y nuestro pesar de no poder llevarles en persona las palabras de consuelo en que rebosan nuestros corazones.

Que Dios te guarde, mi querido Cerralbo, como lo desea tu afectísimo,

CARLOS.

EL FINAL DE LA GUERRA

DATOS INÉDITOS

EN el número de nuestra Revista correspondiente al mes de agosto fué honrada nuestra publicación con un notable artículo debido á la pluma del brigadier Brea, narrando los incidentes que precedieron á la entrada del R.. en Francia el 28 de febrero de 1876.

Aquel escrito, en el que compiten los conocimientos técnicos, la elevación de carácter y la fidelidad á toda prueba que resplandecen en el bizarro oficial general que lo ha dictado, nos ha valido felicitaciones que, como es de justicia, transmitimos á nuestro ilustre colaborador. Pero nos ha valido, además, datos complementarios, que lejos de contradecir la relación del Brigadier Brea, la completan. Nos apresuramos á publicarlos, porque en ellos se encierra una de las páginas de más palpitante interés de la última guerra, y se descubren hechos hasta hoy absolutamente desconocidos del público, que arrojan vivísima luz sobre la figura del augusto Caudillo, que acaso nunca ha tenido

(1) No le dimos cabida en el número anterior de EL ESTANDARTE REAL, por ir todo él dedicado á la memoria del inmortal Zumalacárregui.

ocasión como aquella para ser admirada en su verdadera grandeza.

Conocido es el estado del país y del ejército carlista en los principios del aciago año 1876. Falto el primero de recursos, abrumado el segundo de cansancio, tenía que luchar no solamente con un enemigo diez veces superior en número, sino con los maquiavélicos planes de Cánovas, que al formar los dos ejércitos de la izquierda y de la derecha, de cien mil hombres cada uno, con orden al uno de extremar las crueldades y al otro de prodigar los rasgos de clemencia, ensayaba seducir por el terror á los que no podía conquistar con el halago.

La terminación de la guerra en Cataluña y en el Centro dejaba, además, entregado al Ejército Real del Norte á sus propias fuerzas, sin esperanza humana de que fuese distraído ni un solo hombre de los del enemigo.

Por último, los inicuos destierros de las familias carlistas habían acabado de llevar gérmenes de desaliento á nuestro campo.

En tan críticos momentos marchaba el R.. al frente de sus tropas en uno de los últimos días del mes de febrero, cuando alcanzó en la carretera á un emisario enviado por el General Pérula con una carta para uno de los más elevados personajes con mando en el ejército carlista.

Interrogado el emisario sobre la índole del mensaje y oyendo de sus labios que no se trataba de un mensaje privado, sino de asuntos del servicio, tomó el Rey la carta, que llevaba el sello de la Comandancia general de Navarra, y se apresuró á leerla.

Decía en sustancia: «Esto se acabó. Hay que decirselo al R.. Yo no me atrevo, pero hay que decirselo porque es preciso salvar lo que se pueda, tanto de los intereses del país como de los nuestros personales, y obtener garantías, reconocimiento de empleos, etc. Que se vaya el R.. á Francia y deje en España á un general encargado de tratar con el enemigo.»

—De modo que Pérula aspira á ser un Maroto autorizado— dijo el R.. amargamente, mostrando la carta á uno de sus más probados generales.—Que vaya un oficial á buscarle,—añadió—y que lo conduzcan á mi presencia.

La orden fué ejecutada, á pesar de la resistencia opuesta al principio por Pérula, que acudió al fin con su escolta, y la entrevista de Carlos VII con el general navarro tuvo lugar en Espinay. Ignoramos lo que en ella pasó, pero nos consta que en los consejos del R.. no faltó una voz, la de mayor autoridad en aquel momento, que pidió se fusilase á Pérula en el acto. Carlos VII no asintió á aquel parecer. A sus ojos, la carta era indigna de un General con mando y no permitía fundar en él ni en sus tropas ninguna esperanza, pero no constituía un hecho caracterizado y probado de traición, pues se limitaba á aconsejar una proposición aunque fuese inadmisibile, que había de hacerse al R.., y tampoco había otras pruebas materiales de su traición. Lo que procedía, en su sentir, era alejar del núcleo no contaminado á Pérula y sus tropas, ya que

era dado á ocasionar males mayores el proceder como sería natural en tiempos normales, y facilitar á éstos la deserción, acantonándoles lo más cerca posible del enemigo.

—Que se vayan—dijo—los que no tengan corazón para estar conmigo hasta lo último; pero que no introduzcan el desorden ni la indisciplina entre los buenos.

En este sentido se dieron las órdenes al Comandante General de Navarra, y el R., rodeado de batallones seguros, se encaminó á Burguete.

Aunque era ya entrada la noche, al llegar á este pueblo, Carlos VII decidió continuar hasta Roncesvalles con su Estado Mayor y la escolta de guardias, por la gran dificultad de alojamientos, debida á la aglomeración de fuerzas en tan pequeño lugar.

Ya estaba en camino, cuando por la carretera apareció un grupo de oficiales carlistas de artillería, que á pesar de sus esfuerzos, no habían podido dominar á sus tropas amotinadas en Roncesvalles.

El primer impulso de Carlos VII fué atacar con sus fuerzas leales, que le acompañaban, á los sublevados; pero se contuvo por no dar aquel tristísimo espectáculo, y retrocedió á Burguete, recibiendo allí á los oficiales y pidiéndoles explicaciones.

No satisfecho completamente con éstas, los mandó volver á Roncesvalles, pues celoso como nadie del honor del uniforme que vestían, quiso que ó sujetasen á sus soldados, ó muriesen en su puesto, juzgando que todo era preferible en la milicia á ceder un superior ante un inferior.

El jefe de aquel grupo, pundonorosísimo oficial del arma, que sólo conservaba la empuñadura de su espada, habiendo roto la hoja en las espaldas de los amotinados, bajó precipitadamente del regio alojamiento y corrió a Roncesvalles, resuelto, lo mismo que sus compañeros, á sacrificar su vida.

Por fortuna Dios se la conservó para bien de la Causa, á la que ha prestado y sigue prestando incesantes servicios.

Entre tanto el R. permaneció en Burguete, donde toda la noche estuvieron llegando uno tras otro los partes más alarmantes. El enemigo concentraba sus fuerzas para un avance, y los batallones de Pérula, lejos de alojarse donde se había ordenado, se corrían unos hacia la frontera y se acercaban otros al Cuartel Real. Uno entre ellos, de los que más gloriosamente habían peleado toda la campaña, pero también de los que entonces revelaban mayores síntomas de desmoralización, llegó á entrar en el pueblo, sin cumplir siquiera las prescripciones de la ordenanza, dando con esto lugar á serias sospechas.

Carlos VII mandó llamar inmediatamente al coronel que lo mandaba, militar de limpia historia, cuya lealtad acrisolada han probado los sucesos posteriores.

—¿Por qué estás aquí?—le dijo.

—Por orden de mi Comandante general, el General Pérula.

—¿En qué disposición se halla tu batallón?

—Decididos todos sus hombres á dar la vida por V. M.

—Mis informes son los contrarios,—replicó el R.—y según ellos, el espíritu de tus hombres es detestable; pero ya que me aseguras están bien dispuestos, tú me respondes de ellos. Para el público tendrás el honor de pasar esta noche conferenciando conmigo; pero de ti para mí quedas prisionero y no saldrás de mi lado hasta mañana.

—¿Puede pensar V. M. que soy traidor?

—No lo creo; pero en momentos como los actuales hay que prevenirlo todo, y prefiero mortificarte inocente, mejor que arriesgar los destinos de la Causa por exceso de confianza. Voy á llamar al segundo jefe, y en mi presencia le darás las instrucciones para mantener el orden en el batallón.

Así se hizo, y el R. pasó aquella noche, una de las más lúgubres de su existencia, abrumado en negras reflexiones.

A su imaginación acudían otras tentativas de índole diversa, sobre las cuales algo ha apuntado Marcos Laguna en sus cartas de Venecia á *El Correo Español*, tentativas iniciadas por un personaje francés medio diplomático medio polizonte; recordaba algunos síntomas descubiertos entre gentes constituidas poco antes en autoridad civil; se repetía los términos de la carta de Pérula; los relacionaba con los movimientos sospechosos de los batallones mandados por éste y con la insurrección de la artillería en Roncesvalles, único paso posible para Francia, y todo le inducía á creer que existía un plan para cortarle toda salida, y encerrarle en un círculo de hierro, con la esperanza de lograr un simulacro de Evora Monté, ó una marotada, fortificada con la presencia del R. prisionero, si no tenía la suerte de hacerse matar.

Persuadido de esta idea, reunió á los jefes y les enteró de la situación, diciéndoles:

«Hasta ahora, como R. y como General vuestro, no os he informado más que de lo que creía conveniente para el servicio: hoy os debo la verdad entera, porque no se trata de pedir os sencillamente, como otras veces, el cumplimiento de vuestras obligaciones, sino un acto de heroísmo. Estamos rodeados, ó á punto de serlo. Sospecho que se intenta entregarnos al enemigo é imponer ó simular un vergonzoso arreglo, al cual preferiría la muerte.

»Como yo no transigiré jamás, estoy resuelto á abrirme paso hasta Francia, aunque vaya solo. ¿Queréis que lo haga así y os abandone, para que obréis según os dicte la conciencia, ó preferís acompañarme hasta el fin? Si es esto último, no olvidéis que vais á pelear, no ya por el triunfo, no con la esperanza de recompensa de ningún género, sino para ir á perecer de hambre en el destierro, si es preciso; pero salvando yo pura y sin mancha nuestra Bandera, para que otra vez pueda levantarla muy alta.»

La respuesta unánime, fué la que era de esperar de aquellos leales, que todos juraron seguir á su R. á donde quiera que los llevase.

El día se acercaba y la intranquilidad de Carlos VII crecía por la ignorancia de lo acaecido en Roncesvalles, y el temor de que aquella única puerta quedara

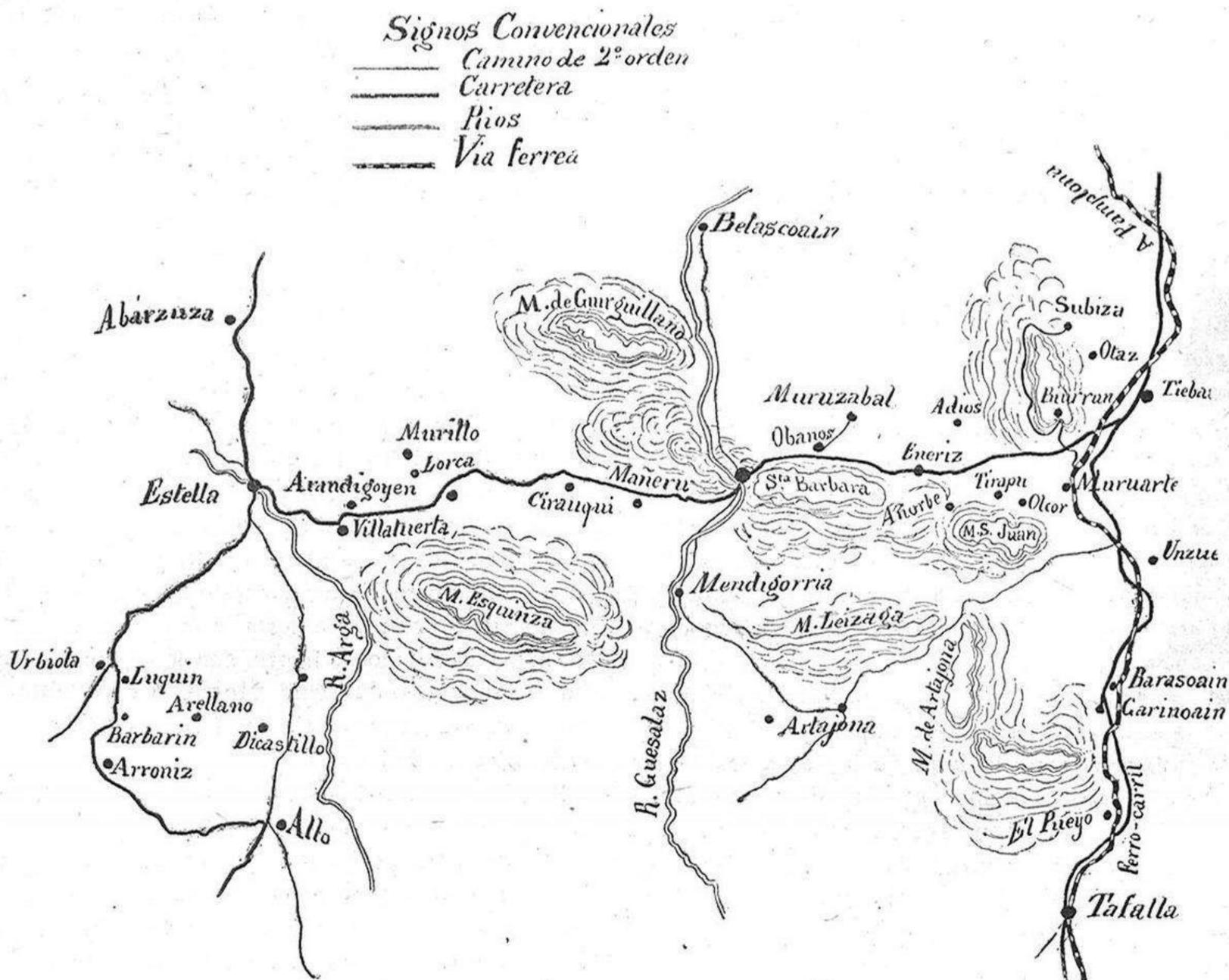
cerrada á su ejército, ó que para abrirla fuese necesario librar una batalla entre fuerzas que juraron un día la misma bandera.

Sin esperar á que estuviera formada la columna, montando al amanecer á caballo, partió para Roncesvalles enteramente solo, sin más que un oficial de órdenes, á quien dijo al llegar á la vista del pueblo:

—Adelántate á escape y avisa á los artilleros que el R. llega solo: que formen.

Y prosiguió al paso hasta el punto preciso, reproducido con toda fidelidad por EL ESTANDARTE REAL de agosto, en el grabado que representa la colegiata de Roncesvalles, vista desde el camino de Valcarlos.

Allí encontró á los insurrectos, formados detrás de los cañones, con la tercerola al brazo, las boinas echadas hacia atrás y los ojos centelleantes de fulgores de mal agüero, como de quien ha pasado la noche entre toda clase de brutales excesos.



Cróquis de la acción de Biurrún.

Sin embargo, al adelantarse el R. á galope, con ademán resuelto, brotó instintivamente de sus labios el grito de ¡Viva el R.!

—Ese grito no os sale, no os puede salir del corazón —exclamó Carlos VII con voz airada.—Habéis manchado los laureles de Montejurra, de Somorrostro, de Abárzuza y de Lácar, y esa mancha sólo la podéis lavar con vuestra sangre. Si Dios lo permite, yo me encargaré de que eso suceda pronto, colocándoos donde el enemigo os diezme como debía hacerlo yo.

Convencido el R. por la actitud de los artilleros de que estaban dominados, mandó al oficial de órdenes que saliese á buscar á los batallones leales.

Carlos VII quedó entonces enteramente solo, paseándose á caballo á lo largo de la plaza, y fumando silenciosamente.

Jamás se había visto, ni es probable que vuelva á verse nunca, tan cerca de la muerte. Su vida dependía

de una voz, de un murmullo, de un simple movimiento irreflexivo de uno de aquellos hombres que, hallándose medio ébrios, quién sabe si se hubieran dejado contener por sus oficiales.

La Providencia no lo quiso, y pocos momentos después una nube de polvo que se levantaba en el camino anunciaba la llegada de los castellanos que acudían á la carrera.

—Permítame V. M. pasar á cuchillo esa canalla,—gritó deteniendo su caballo al borde del camino y saludando con la espada el jefe que marchaba á la cabeza, un bravo teniente coronel castellano.

Y ante un ademán de denegación del R., prosiguió:

—Lo merecen, Señor; esta noche han asesinado á varios de mis voluntarios que se habían alejado un poco de la fuerza, y ¿qué dirán los fieles si así se perdona á los traidores?

—No,—replicó el R.;—me han obedecido y me pertenecen; que formen y seguid la marcha con ellos.

La columna marchó, en efecto, en aquel orden, siendo saludado el R. por los artilleros recién sometidos, con vivas atronadores y entusiastas, cuya sinceridad probaron siguiéndole fielmente al destierro, detrás de sus valientes oficiales.

La más dolorosa de las eventualidades estaba evitada. El R. había conquistado el paso para Francia,

y con él logrado la posibilidad de salvar el honor de sus armas; pero si bien el destierro era preferible á una transacción vergonzosa, descartado el peligro de ésta, aun parecía preferible al destierro, el volver á los tiempos primitivos de la campaña y continuar la guerra diseminando las fuerzas.

Con esta idea arengó Carlos VII á los voluntarios aquella tarde, en los términos y en las circunstancias que elocuentemente narra el Brigadier Brea.



Don Luis de Mas.

Por desgracia aquello no era posible en lo humano, y para el día siguiente se decidió, después de un consejo presidido por el R., el paso del puente de Arnegui.

En ninguna ocasión había parecido más brillante que en aquella el ejército carlista, y el orden, la dignidad y la marcial compostura que en él resplandecían no hubieran permitido á un espectador, ignorante de la gravedad de las circunstancias, adivinar que se trataba de una revista de despedida, antes bien, se hubiera imaginado asistir á una revista triunfal.

Al llegar al puente, el R. dió un ¡viva España! como lo había dado en sus dos entradas por Vera y por Zugarramurdi, y dirigiéndose á las autoridades francesas:

—Me acojo—dijo—á la hospitalidad de Francia, con los restos gloriosos de mi ejército, no derrotado, sino momentáneamente vencido por el número. Aquí

no me es dado mandar, y debo limitarme á formular un deseo: ¿Puedo, por última vez, ver desfilar á mis compañeros de armas para despedirme de ellos?

El desfile se verificó, dando lugar á escenas inenarrables, que arrasaban en lágrimas los ojos de los oficiales y jefes franceses, hondamente conmovidos ante la majestad de aquel imponente espectáculo.

Solo Carlos VII, su Estado Mayor y los generales conservaban las armas. Los voluntarios las habían dejado por orden superior al otro lado de la frontera, hechas astillas en su mayor parte contra los peñascos del Pirineo.

Aquellos héroes que habían soportado por espacio de casi cinco años los más penosos sacrificios, no podían resignarse al más doloroso de todos, al de renunciar á la presencia de su R., en quien simbolizaban la grandeza de la patria, el honor militar y tantos y tan hermosos ideales.

Cubrían de besos sus manos, arrancábanle girones de la faja y encontraban en su desesperación frases sublimes de esperanza.

—¡Volveré, volveré!—gritó Carlos VII, tan conmovido como ellos.

—Esto es desgarrador—exclamó el subprefecto;— Señor, suba al coche.

El R. montó entonces en el carruaje, con el subprefecto al lado suyo, siguiéndole su Estado Mayor.

Consigo llevaba al destierro su Estandarte Real y las banderas de los batallones allí presentes, pero llevaba algo que vale todavía más que aquellas insignias, emblemas al fin materiales. Llevaba su Bandera, la Bandera moral de España, que á riesgo de su vida había salvado y que sacaba limpia de toda mancha de aquella epopeya guerrera, para que todos tuvieran que inclinarse delante de ella con respeto y con veneración el día que Dios designe, cuando España, redimida, pueda saludar el triunfo del R., y si Carlos VII muere antes, el triunfo de su principio.

DOCUMENTO NOTABLE (1)

Creemos oportuno publicar uno, el primero que trazó la pluma de Don Carlos al salir de España, y que no pudo entonces ver la luz pública en atención á las circunstancias que sucedieron á la guerra.

Su lectura estamos seguros ha de servir de consuelo á muchos valientes que tal vez ignoren la prueba de cariño que les dió el R. el día en que más desgarrado tenía el corazón. Dice así:

«DECRETO

Queriendo añadir un vínculo más á los que ya me unen con mis fieles soldados en este triste día en que, cediendo al número, á la desproporción de recursos, y sobre todo, á aviesas complicidades, he tenido que separarme en Valcarlos de los restos gloriosos de mi valiente ejército, después de una guerra heroica de casi cinco años, he decidido, para dejar un testimonio de mi amor y agradecimiento á cada uno de mis compañeros de armas, decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Concedo á todos los que han militado en mis ejércitos del Norte, de Cataluña y del Centro, así como á los que combatieron por mi Causa en las demás provincias de España, la medalla de Carlos VII, creada en 9 de Octubre de 1874 para recompensar servicios especiales.

Art. 2.º Usarán la medalla de plata los generales, jefes y oficiales, y la de cobre los individuos y clases de tropa.

Art. 3.º Sólo tendrán derecho á dicha distinción los que, por certificado de sus superiores, puedan acre-

(1) De *El Correo Español*, de Madrid, correspondiente al día 6 del actual.

Probablemente la *Biblioteca Tradicionalista* de Barcelona pondrá á la venta dentro poco las dos medallas de plata y de cobre á que se refiere el siguiente R. Decreto.



ditar haber servido con fidelidad en mis Reales Ejércitos.

Interin llega el día en que puedan llevar ostensiblemente mi medalla en nuestra patria, bajo el Gobierno legítimo, que hoy con mayor fe que nunca confío será restaurado para bien de España y de los santos principios que represento, quiero que lo mismo en el destierro abierto hoy de nuevo para mí y para los miles de valientes que me siguen, que en España, bajo la dominación pasajera del Gobierno usurpador, en todas partes, sirva de consuelo y de aliento á mis fieles defensores este supremo recuerdo de nuestra campaña.

YO EL REY.

Dado en la Subprefectura de Mauleón á 28 de Febrero de 1876.»

APUNTES SOBRE LA ÚLTIMA GUERRA CIVIL

Conducción de un convoy á Pamplona.—Reñidos combates de Biurrún y Monte S. Juan ocurridos en el mes de Septiembre de 1874.

I

QUEBRANTADO por demás había quedado el ejército liberal con el mal éxito por él alcanzado en la batalla de Abárzuza. En razón inversa se hallaba el espíritu de los Batallones carlistas que habían acudido á Navarra y que pesaban sobre Pamplona, haciéndola sentir un bloqueo en toda regla, y que se hallaban además á punto de terminar la organización de sus cuatro baterías montadas y dos de montaña, cuyas piezas de acero habían desembarcado á mediados y fin de Junio gracias á los inmensos trabajos que para conseguirlo había puesto en juego el insigne patricio D. Tirso de Olozábal, de cuyos méritos distinguidos hemos hablado en otra ocasión.

La plaza de Pamplona se hallaba, pues, en una situación nada lisongera, sintiendo escasez de hombres, de mantenimientos y de municiones. Urgía, por lo

tanto, socorrerla, pues las partidas volantes y las avanzadas carlistas llegaban hasta sus mismos muros, y al menor descuido les hacían prisioneros hombres y ganados; todo esto constituía para sus mermados defensores un penosísimo servicio.

Como esto no se les escondía á sus naturales jefes, evidente era que tomarían, en un plazo no remoto, las medidas conducentes para socorrer Pamplona, máxime cuando el capitán general de Navarra, entonces D. Domingo Moriones, como buen hijo del país, tenía un grandísimo interés en socorrerla.

Por esta razón, y en la eventualidad del paso de un convoy enemigo, los carlistas ocuparon con la mayor parte de sus fuerzas la línea indicada para impedirlo. Es de advertir, que terminado el combate de Abárzuza, las fuerzas alavesas y vizcaínas habían vuelto á sus provincias.

En Septiembre de 1874 era general en jefe carlista el vencedor de Eraúl y Portugaleta, D. Antonio Dorregaray. Este tenía á sus inmediatas órdenes al comandante general de Navarra, D. Torcuato Mendiry, con 10 Batallones navarros, 4 castellanos, 2 cántabros y el Aragonés, el regimiento de caballería del Rey, 24 piezas de batalla y 12 de montaña, ocupando la extensa línea de Estella á Puente la Reina, Biurrún, Añorbe, Unzué, Mendigorria y Artajona.

En la misma fecha, ejercía el mando en jefe del ejército liberal el teniente general D. Manuel de La Serna (que había relevado á D. Juan de Zavala, marqués de Sierra Bullones), y sus tropas se hallaban organizadas del modo siguiente: Una División de vanguardia (Blanco), compuesta de ocho Batallones, el primer Cuerpo de ejército (Moriones) con 15, y el segundo (Ceballos) con otros 15 y su dotación correspondiente de ingenieros, artillería y caballería (1). Ocupaban los acantonamientos desde Miranda, Logroño y la ribera de Navarra, teniendo su cuartel general en el segundo de dichos puntos y el primer Cuerpo en Tafalla.

El general liberal La Serna, apremiado por repetidas comunicaciones recibidas del ayuntamiento de la capital y del comandante en jefe del primer Cuerpo, suspendió la operación que tenía proyectada sobre la guardia y reforzó á Moriones con una Brigada de sus tropas, conviniendo en que este último general llevase un fuerte convoy á Pamplona, mientras él á su vez amagaba á Estella por la carretera de Logroño á Viana y Los Arcos, suponiendo fundadamente que si no se debilitaba la línea carlista en el Carrascal y desfiladeros de Unzué, no le hubiera sido posible al ejército liberal conseguir su objeto, por el número de sus enemigos y las escabrosas posiciones que ocupaban.

El día 17 de Septiembre, emprendió el general Moriones su movimiento, precedido de un reconocimiento, que dió por resultado averiguar que los Batallones carlistas que ocupaban Unzué y Añorbe, habían avan-

zado hasta cerca de Barasoain, regresando á sus posiciones. (Véase el croquis que acompaña á este estudio.)

El 19 llegó á este punto Moriones, lo que visto por sus enemigos, desplegaron sus fuerzas y la Batería á caballo con el coronel Guzmán y su comandante Ibarra, colocaron las piezas en batería y esperaron impávidos la acometida. El ejército liberal no avanzó, por lo que los carlistas volvieron á sus acantonamientos.

Durante la noche se recibió por seguros confidentes la noticia de que el Cuerpo de ejército que operaba á las inmediatas órdenes del general La Serna, había salido de Logroño con dirección á la Solana y Estella, y por consiguiente, el general Dorregaray dispuso que inmediatamente se desprendiera el comandante general de Alava, Alvarez, de 2 Batallones y amagara el flanco izquierdo de La Serna, así como que los generales carlistas Argonz é Iturmendi, con 6 Batallones y 2 baterías montadas (1), siguieran por la carretera de Puente á Estella, como así lo hicieron, llegando antes de amanecer á Morentín, Dicastillo y Allo.

Al día siguiente, y quebrantada la línea carlista para atender á la defensa de Estella, según el seguro proyecto que al general en jefe propuso Moriones, avanzó con el convoy hasta Tiebas, precedido por la división Catalán. Las fuerzas carlistas que ocupaban los altos de Biurrún, bajaron á flanquear el paso de los enemigos, así como las de Unzué; pero como que tenían que luchar con fuerzas superiores por haber debilitado su línea, no pudieron estorbar el paso de los 18 Batallones de que disponía el enemigo. Este había adelantado 5 Batallones y 4 piezas Krupp á Biurrún, en cuyo punto pernoctaron, decididos á asegurar el paso del convoy por la carretera desde aquella importante posición, como así aconteció.

Enteradas las tropas carlistas más próximas de la ocupación de Biurrún, lo cual les hacía dueños por completo de la carretera, pensaron seriamente en arrojar de allí á enemigo tan peligroso. Estas fuerzas eran las que, al mando del brigadier carlista D. José Pérula, se hallaban en Puente y Obanos; los Batallones segundo y tercero de Navarra, cuyos jefes respectivamente eran Foronda y Montoya, el segundo de Castilla y el Escuadrón que mandaba D. Juan Ortigosa (2), jefes cuyo arrojo y decisión eran proverbiales. Por medio, pues, de una rápida marcha, salió Pérula de Puente la Reina por Muruzábal hacia Subiza, que se halla situada en la sierra del Perdón. Esto aconteció el 21 de Septiembre.

El camino seguido por los Batallones carlistas, era

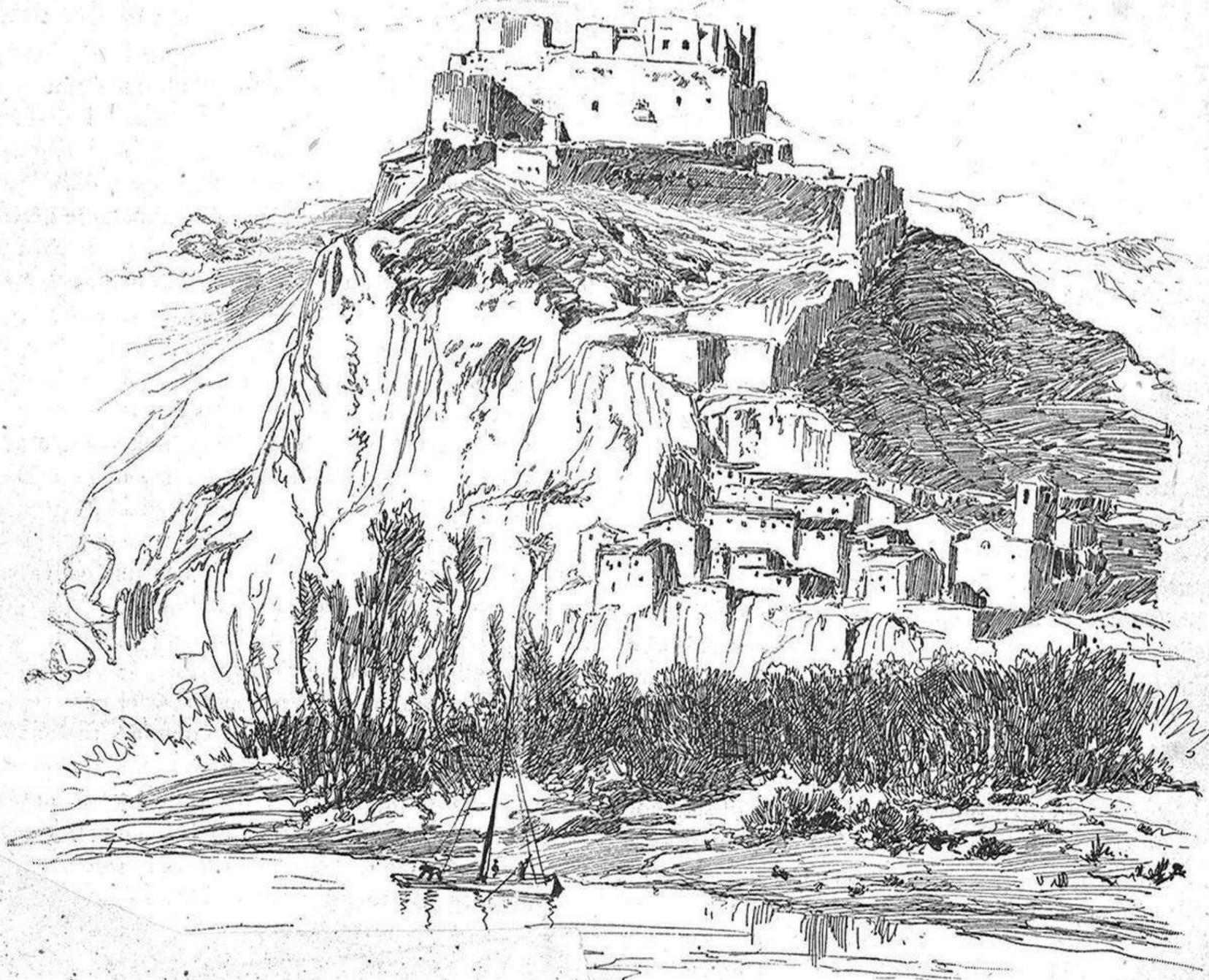
(1) Con los Coroneles Brea, Prada y Rodríguez Vera.

(2) El valeroso General de la primera Guerra Civil don Francisco Ortigosa había dejado al morir dignos descendientes de su gloria militar. Tres de ellos, Don Juan (que procedía del Regimiento Húsares de Pavía) D. Luis y D. Sergio, este último de menor edad, se distinguieron notablemente en la segunda, y D. Miguel, que de alumno de la Escuela de aplicación de Artillería, figuró como teniente en las Baterías de Reyero y Rodríguez Vera y la terminó como Capitán de la quinta de Montaña.

(1) No hacemos mención del tercer Cuerpo (Loma) ni de la División de Vizcaya, por no haber tomado parte en las operaciones objeto de este estudio, y hallarse en otras zonas distantes.

asperísimo, teniendo que marchar á la desfilada, de modo, que al arribar desde Subiza hacia Biurrún y al descender de una pequeña eminencia que le domina, se apercibió Montoya, que iba á la cabeza de los Batallones, que el enemigo, ocupando el pueblo y la ermita fuertemente atrincherados, les recibieron rom-

piendo nutrido fuego sobre ellos. El bravo Montoya no vaciló; á cada Compañía que se iba reuniendo, ordenaba lanzarse á la bayoneta, dando á sus tropas el ejemplo al frente de la primera. El ataque fué tan rudo, que las avanzadas liberales fueron desbaratadas en breves momentos y empujadas dentro del pueblo,



Paris

Castillo de Miravet.

donde el ruido apresurado de las cornetas tocando llamada y ataque á la carrera, se mezclaba con los roncocos disparos de la artillería liberal, á cuyo amparo comenzaron á organizar la resistencia los Batallones contrarios. Pero el empuje estaba dado é iniciada la retirada, á la vez que llegaban sucesivamente el resto del tercer Batallón y los segundos de Navarra y Castilla con el escuadrón de caballería, á cuyo frente marchaban los valerosos Pérula y Ortigosa. El pueblo, la ermita y los alrededores quedaron sucesivamente en poder de los carlistas, y en tan rápida y valiente acometida se hicieron multitud de bajas al enemigo, cogiéndole 80 prisioneros y considerable número de cartuchos y pertrechos de guerra.

Tal acción bien pudo calificarse de heroica por par-

te de Montoya y de sus escasas tropas (pues las que iniciaron el ataque no pasaban de 4 Compañías) contra un enemigo que ocupaba Biurrún, con 4 Batallones y otros 14 en los pueblos cercanos de Olcoz, Unzué, Tiebas y Ucar (1).

Tal fué la brillante batalla de Biurrún, cuyo hecho de armas se premió después con las corbatas de San Fernando para las banderas de los bravos Batallones que en ella tomaron parte (2).

(1) En otra narración del suceso se consignan otros datos, que aquí se omiten para evitar repeticiones. (Véase la biografía de D. Simón de Montoya, en EL ESTANDARTE REAL, n.º 24.

(2) Don Carlos de Borbón, desde que dieron principio las operaciones, fiel á su costumbre de hallarse siempre al

... ..

EL ESTANDARTE REAL



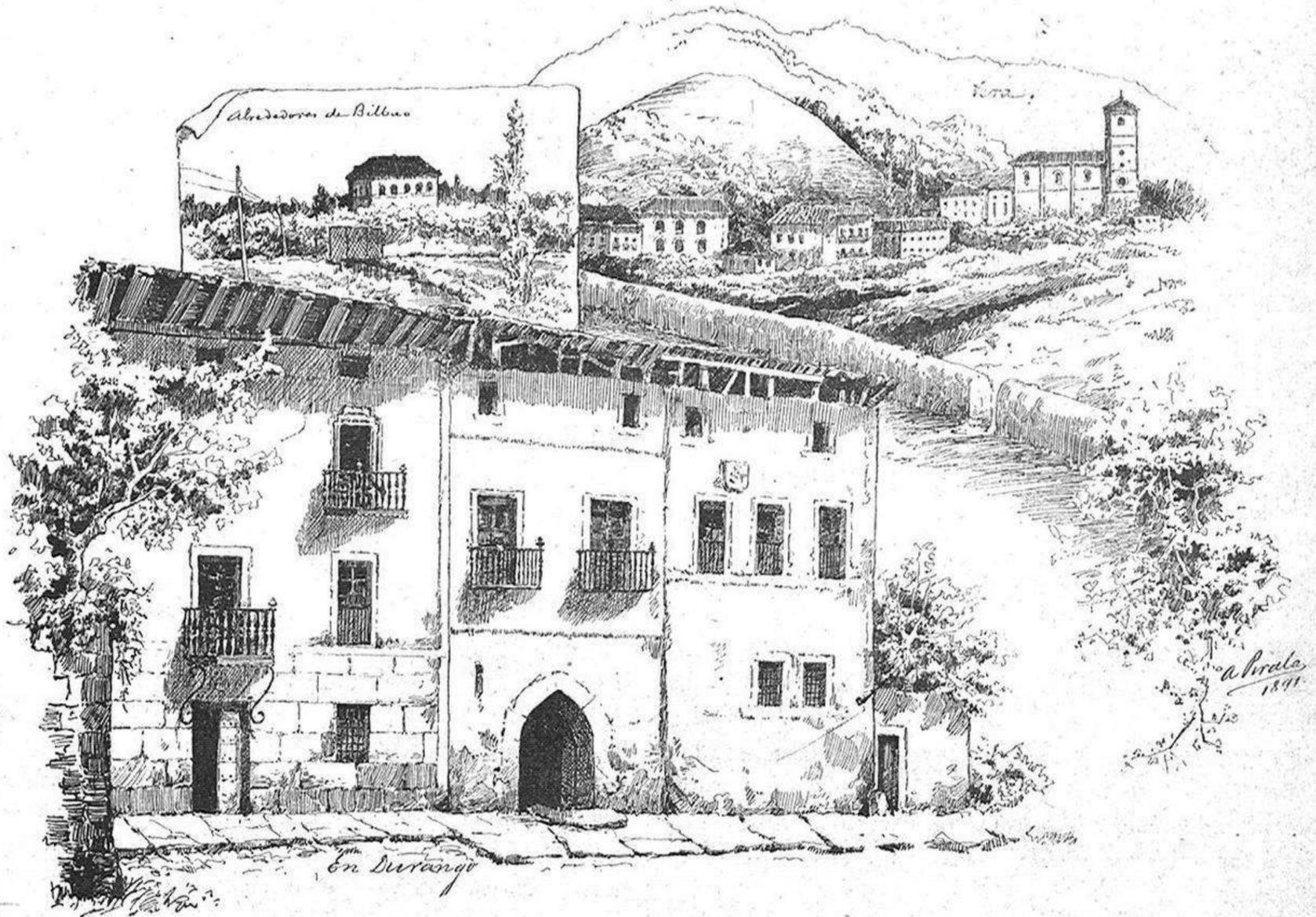
1.º DE JULIO DE 1872.— MUERTE DEL JEFE CARLISTA DON JUAN FRANCESCH EN REUS.— CUADRO AL ÓLEO DE J. LLOVERA.

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9

El general en jefe enemigo no quiso empeñar acción alguna en los Arcos ni avanzar hacia Estella en vista de las formidables posiciones que ya ocupaban las fuerzas destacadas de la línea principal y de las que se acercaban por la parte de Alava con su comandante general Alvarez, amagando su flanco y comprometiendo su retirada. A esta actitud fué debida sin duda la inacción y el regreso que los liberales emprendieron, por cuya razón, los carlistas volvieron á

su anterior línea del Carrascal, dispuestos otra vez á disputar el paso del primer Cuerpo á su regreso de Pamplona.

Como siempre, hay que reconocer en justicia, que el general republicano Moriones conocía bien la índole de los enemigos que había de combatir, y constantemente lograba lo que se proponía con su ya conocida táctica de amagar á Estella para conseguir su objetivo principal.



Residencias de Don Carlos durante la última guerra civil.

II

De regreso el general Moriones de su expedición, que por más que hubiera conseguido su objeto de avituallar á Pamplona, había tenido el fatal *tropiezo de Biurrún* (como así lo calificaron los periódicos liberales de aquel tiempo) ocupó con sus tropas los pueblos de Barasoain y Garinoain; y Colomo, con su derrotada división de Biurrún, se acantonaba en el primero de

frente del mayor núcleo de sus defensores se hallaba alojado en Puente la Reina, con el veterano y entendido Jefe de su Cuarto militar General Mogrovejo, sus Ayudantes de órdenes y el magnífico y nutrido Batallón de Guías del Rey, que organizó y mandaba entonces el bizarro Coronel Calderón. En el momento que llegó á noticia del Rey el empeño de Biurrún, montó á caballo y acompañado de sus Generales Dorregaray y Mendiry, visitó las posiciones de sus heroicos Batallones, les felicitó con entusiasmo, impresionado vivamente del valor de sus tropas, y en especial á Montoya, que tan alto habían puesto el honor de sus armas en aquel día.

aquellos puntos, y el mismo general en jefe y las demás tropas en Unzué, Mendivil y Tiebas.

Los carlistas, entre tanto, y ante la inminencia de un combate, se escalonaban en Biurrún, Eneriz, Adios, Ucar y Añorbe.

Amaneció el 23, y el general Moriones ordenó el despliegue de sus tropas al frente de las posiciones carlistas, en consecuencia de lo que el general Dorregaray, secundado por Mendiry, comunicó órdenes terminantes á los jefes de brigada, para que, rompiendo la marcha detrás de la acantonada en Biurrún (D. Juan Toldi), atacaran sin vacilar al ejército enemigo de flanco y de frente á la vez. Contestado, aunque débilmente el fuego, fué aquél retirándose por escalones ordenadamente, hasta que, ganada la excelente posición de Monte San Juan, hicieron alto y organizaron la resistencia en este punto y en los pueblos de Barasoain y el Pueyo.

La retirada fué perfectamente táctica, ante un enemigo que, como el carlista, se hallaba entusiasmado con la victoria del día anterior, y nuestra imparciali-

dad reconoce las dotes militares del general enemigo en esta ocasión como en otras análogas lo hemos hecho. Al llegar al desfiladero, las fuerzas carlistas, dirigidas admirablemente por Dorregaray y Mendiry, bajaban con arrogancia desde las alturas de Unzué, Biurrún y Tirapu, llegando un momento en que los liberales se vieron casi envueltos por sus contrarios. Maniobrando hábilmente Moriones, logró que sus tropas pudieran desenvolverse y ocupar con la mayor parte de sus fuerzas el Pueyo y Barasoain, donde ya en posición su excelente artillería, rompió el fuego sobre las columnas carlistas, evitando así que el fracaso de Biurrún no se reprodujera en mayor escala el 23.

A pesar de esto, Dorregaray mandó que á la carrera siguieran el movimiento de avance sus columnas, pero ya el enemigo, aprovechándose de los accidentes del terreno, y de que los carlistas atacaban en compactas masas, rompió con gran precisión un nutrido fuego de cañón y fusil, que hizo vacilar á los carlistas conteniendo su ímpetu.

A la artillería enemiga, parapetada y disparando al abrigo de las tapias del cementerio (que había aspillerado convenientemente) debióse sin duda el éxito de la resistencia, sólo comparable á la ordenada y valiente acometida de los carlistas y al bien dirigido fuego de sus cañones de batalla, siendo esta la primera vez que esta arma combatía en campo abierto (1). Replegáronse, pues, los carlistas ante la seria resistencia de sus enemigos, y aunque en los dos días siguientes, es decir, el 24 y 25, hubo escaramuzas en toda la línea, siguieron los liberales en el Pueyo bien atrincherados y los carlistas regresaron á sus posiciones, dominando por completo, sin embargo, la famosa línea del Carrascal y teniendo en respeto desde allí en adelante al enemigo.

La línea se fortificó y atrincheró en sus principales puntos bajo la acertada dirección del mayor general de ingenieros D. Amador Villar, y se hicieron buenos caminos para establecer comunicaciones entre ellos y practicables para la artillería de batalla que quedó á las órdenes del coronel Guzmán hasta la batalla de Lácar.

Todos sabemos que el ejército liberal tardó seis meses en acometer y envolver la línea, pero sólo lo hizo cuando se había duplicado en número y aun reforzado con una división de Aragón. La plaza de Pam-

(1) En la historia de Pirala y otras narraciones de la Guerra se consigna un rumor que no deja de tener fundamento y al cual se atribuyó no hubieran sacado más partido los carlistas de la Acción de Monte S. Juan. Este rumor, no está del todo destituido de fundamento y por eso lo consignamos á nuestra vez en estos apuntes. Debido sin duda á causas que desconocemos aun y mejor á rivalidades entre los Jefes, algunos Batallones, especialmente los mandados por Zalduendo, no secundaron bien las órdenes de Dorregaray. De otro modo, está para nosotros fuera de duda, que en la acción que nos ocupa, debió por lo menos quedar desbaratada una división, que gracias á su General en Jefe, fué socorrida cuando se hallaba á punto de ser envuelta, si Zalduendo hubiera llegado en sazón oportuna.

plona volvió á ser bloqueada y cañoneada, y de las acometidas de Biurrún y Monte San Juan no quedó más recuerdo que las bajas ocasionadas en ambos ejércitos beligerantes, que no llegaron á 200 las de los liberales y á 178 las de los carlistas.

ANTONIO BREA.

BOCETOS MILITARES

TELEGRAFÍA

(*Conclusión.*)

En la campaña de Schlewig, los daneses por un lado, y los prusianos y austriacos por otro, hicieron constante uso del telégrafo militar, gracias al cual se sabían las operaciones en Berlín al poco tiempo de iniciadas. También la guerra de Bohemia dió á conocer el importante papel que desempeña en tiempo de guerra la telegrafía eléctrica. En efecto; en dicha campaña los inconvenientes que se ofrecieron á los prusianos tuvieron por principal causa la necesidad de que los ejércitos de una misma nación se viesan obligados á maniobrar sobre bases diferentes y con igual objetivo, ocurriendo que separados largo tiempo los dos ejércitos prusianos por una montaña, corrieron grave riesgo de ser batidos en detall; pero, gracias á la correspondencia telegráfica que ambos tenían con Berlín, pudo prepararse el ataque de Koniggratz.

Poco diremos del feliz empleo que hicieron del telégrafo los prusianos en la guerra de 1870, aunque el estudio de dicha campaña hizo que todas las naciones organizaran cuerpos de telegrafistas militares, ó perfeccionaran los que ya poseían. Aprovechando las líneas permanentes francesas y estableciendo derivaciones admirablemente estudiadas, pudieron los prusianos sorprender despachos que el enemigo dirigía á su Gobierno y tener siempre en comunicación todos los cuerpos de su ejército. El Cuartel general prusiano comunicaba constantemente con Berlín, en donde se sabían todos los pormenores de cuantas acciones se daban, ocurriendo que el tiempo transcurrido desde la transmisión de un despacho hasta su recepción, nunca llegó á catorce minutos. Los pedidos de municiones, equipos, refuerzos, etc., se hacían con una regularidad tal, que parecía que los prusianos peleaban en su propio territorio.

El ejército liberal tiene encomendado el servicio telegráfico militar á la primera de las tres secciones que componen el Tren de Servicios especiales. No explicamos aquí la organización y material de dicho servicio, no sólo porque nos faltaría espacio para ello, sino también porque no tendría gran objeto, y siendo, como probablemente lo será, distinto el que en alguna otra campaña pudiérase adoptar; así, pues, nos concretaremos á dar algunas ideas generales relativas á las condiciones especiales de este servicio.

Para que la telegrafía militar cumpla aiosamente su cometido, es preciso contar, por lo menos, con un cuadro de oficiales y clases que posean la práctica su-

ficiente, que conozcan los aparatos y que estén acostumbrados á transmitir, á montar las pilas, á hacer reparaciones; que puedan, en fin, dirigir las maniobras y utilizar el personal inexperto que en un momento dado se les dé como auxiliar.

La condición más esencial de todo tren telegráfico es la movilidad; sin ella nada se consigue, y el mejor organizado puede, en vez de ser útil á un ejército, llegar á entorpecer sus operaciones si carece de movilidad; esto prescindiendo de que frecuentemente formará parte de la vanguardia y tendrá que variar de posición según las exigencias del caso, lo cual debe verificarse con suma rapidez, si ha de llenar su objeto y proporcionar, por consiguiente, las ventajas propias de su empleo. Otra condición también esencial es la sencillez de las maniobras, porque en la guerra siempre es lo más sencillo lo que da mejores resultados.

Las funciones de los oficiales asignados á cada compañía de telegrafistas son, en compendio, las siguientes: El Capitán determina el itinerario de la línea, en vista de las órdenes superiores que haya recibido, para lo cual se proveerá de mapas en escala conveniente, á fin de poder apreciar los obstáculos que puedan presentarse en el trayecto; determinado el itinerario, encarga el Capitán á un oficial subalterno el trazado de la línea, dándole todo lo necesario para montar una estación volante en el punto que al efecto se designe. Al mismo tiempo que empiezan su trabajo los trazadores, distribuirá un sargento las herramientas, y los soldados encargados de preparar el terreno partirán, con otro oficial, detrás de los trazadores, haciendo talas, abriendo surcos y adoptando cuantas medidas sean necesarias para el rápido establecimiento del conductor, cuidando de dejar señales en los puntos que se juzgue oportuno. Otro oficial se ocupa, entre tanto, de la estación de partida, que en el caso de hallarse en el Cuartel general puede considerarse como estación *central*, debiendo establecer inmediatamente las comunicaciones. Los encargados de tender el conductor se cerciorarán del buen estado de los trozos que hayan de emplear, y empezarán á cumplir su cometido en cuanto se haya fijado en la estación central el extremo del conductor, marchando en la dirección que marquen los piquetes y señales (que hayan colocado los operarios de que hemos hablado anteriormente), y fijan el conductor asegurándose de que no hay roturas en él, lo cual se comprueba con el galvanómetro al terminar el establecimiento de cada trozo. En cuanto haya llegado el conductor á la estación próxima, se le pone en comunicación con los aparatos y el oficial da aviso á la estación central, diciendo la hora en que se terminó la operación.

Si por variar la situación del Cuartel general ó por que la estación establecida deje de ser necesaria ya, hay que replegar la línea ó dirigirla en otra dirección, las operaciones se efectúan en el orden inverso, si se repliega al Cuartel general; pero si, por el contrario, éste varía de posición, entonces podrá convenir en ciertos casos que una sección recoja el material mar-

chando en el mismo sentido que cuando se estableció la línea.

En cuanto á la construcción de la red telegráfica que debe reunir todas las fracciones de un ejército entre sí y con la base de operaciones, podemos suponer que la línea telegráfica principal de unión entre el grueso del ejército y su base de operaciones esté ya establecida hasta un cierto punto á retaguardia del dicho grueso del ejército; entonces es necesario que á partir de este punto se dispongan las líneas provisionales de manera que con ellas se consiga fácilmente lo que sigue: 1.º, unir la línea provisional á la principal, ya citada; 2.º, transmitir las órdenes y noticias de las avanzadas que cubren el frente del ejército, hasta un cierto punto á retaguardia de los que ocupen estas mismas avanzadas; 3.º, transmitir á los mismos puntos las órdenes y noticias que provengan de los flancos del ejército.

Todas las líneas se tienden á retaguardia de las tropas, para que en caso de retirada se las pueda replegar con tiempo sin que su levantamiento embarace los movimientos del ejército.

Las estaciones ó puestos de señales se usan para unir las avanzadas con la red telegráfica. Toda unidad táctica debe contar con oficiales y sargentos que sepan hablar por medio de señales, pues de este modo todo cuerpo encargado de servicio avanzado se podrá poner en comunicación con las estaciones ópticas, consiguiéndose así que cuantas noticias adquieran los puestos avanzados lleguen en seguida al Cuartel general.

Las estaciones ópticas se establecen en sitios cuya elección depende de la configuración del terreno y de la conveniencia de vigilar lo mejor posible todos los movimientos del enemigo.

Durante las últimas campañas, los ejércitos que en ellas han tomado parte han ocupado vasto campo de operaciones para poder dirigir éstas con la necesaria rapidez y precisión, sólo con el auxilio de los ayudantes de campo y los ordenanzas montados. De aquí la importancia de la telegrafía eléctrica, pues con ella y la óptica, hábilmente combinadas, se puede mandar un ejército de 100.000 hombres con la misma facilidad con que se manda á la voz un batallón.

REYNALDO BREA.

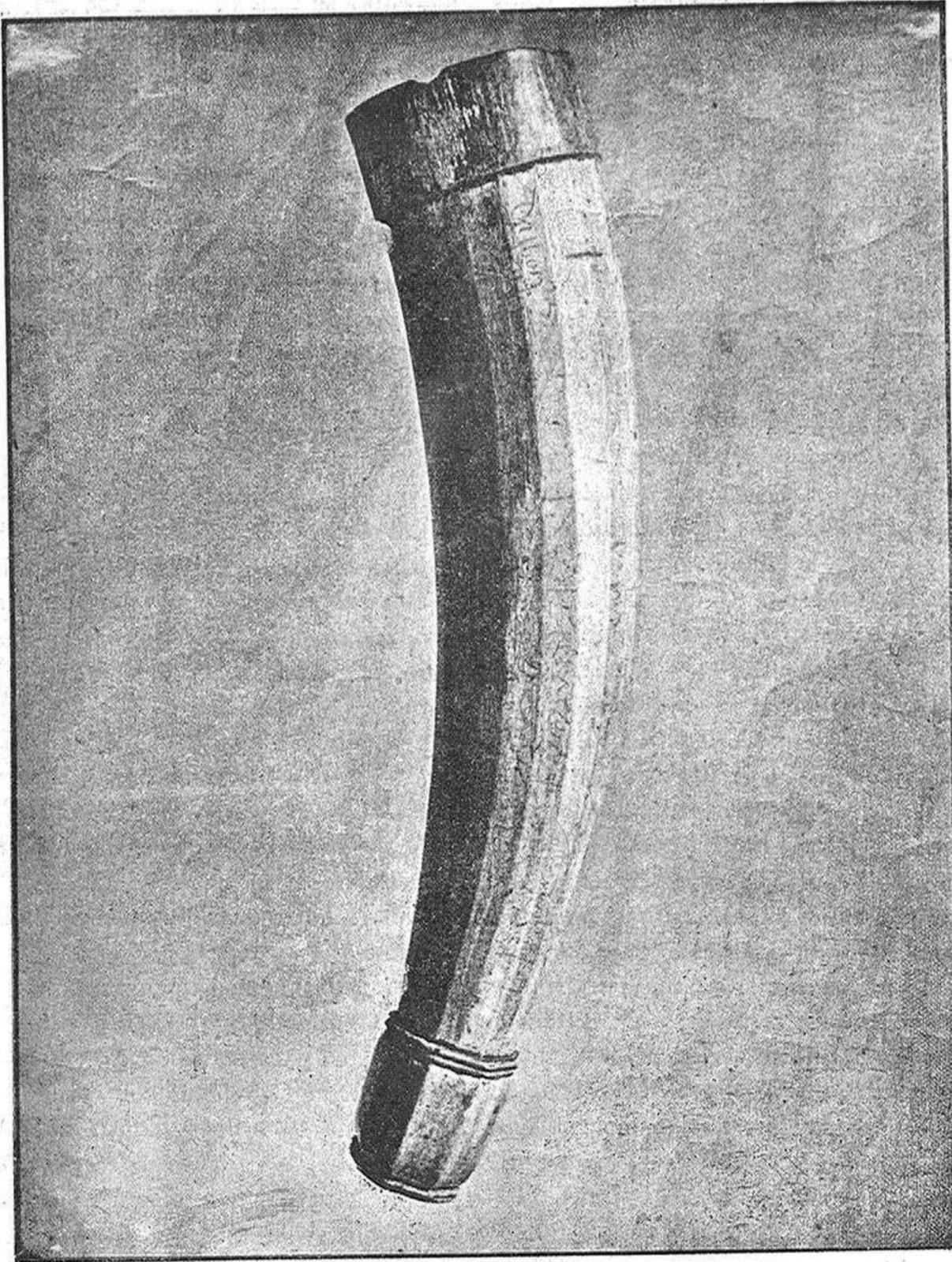
LA CAMPANA DE SAN PEDRO

I

Arde en luchas intestinas
que ensangrientan los parciales
de la familia de Sayas
y de la de los Liñanes,
la sultana del Jalón
leal entre las leales,
la rica Calatayud
que ya, en tiempo memorable,
prestó acatamiento al trono
y á la Coronilla sangre.

Así Don Pedro primero (1),
monarca esforzado y grande,
patentiza sus servicios,
extrema sus libertades,
y distribuye mercedes
á nobles y menestrales.

Así alcanza, con verdad,
justa fama y grau realce
por las contiendas de antaño
y por las que toma parte.
Así conoce Castilla
y sus caballeros saben



Cuerno de Roldán el de Roncesvalles, que se conserva en Frohsdorf.

que á los almenados muros
que guardan sus habitantes
no se acerca impunemente
ni el castellano ni nadie.
Y por eso la contienda
que hoy ensangrienta sus calles,
ha tomado proporciones
tan vastas y formidables
que ni el Rey, con ser el Rey,
ni prebendados, ni abades,
ni hombres buenos, ni justicia,
ni pecheros, ni magnates,
consiguen poner en paz

los bandos beligerantes;
que es proverbial en los hijos
de Aragón y sus ciudades,
la nobleza en las acciones
y el tesón en el carácter.
.
.
Los disturbios se suceden.....
cada día un nuevo lance,
cada noche un desafío,
cada momento un desastre.
Y entre dudas y temores
y reyertas y combates,
es Calatayud palenque
que en serias contiendas arde

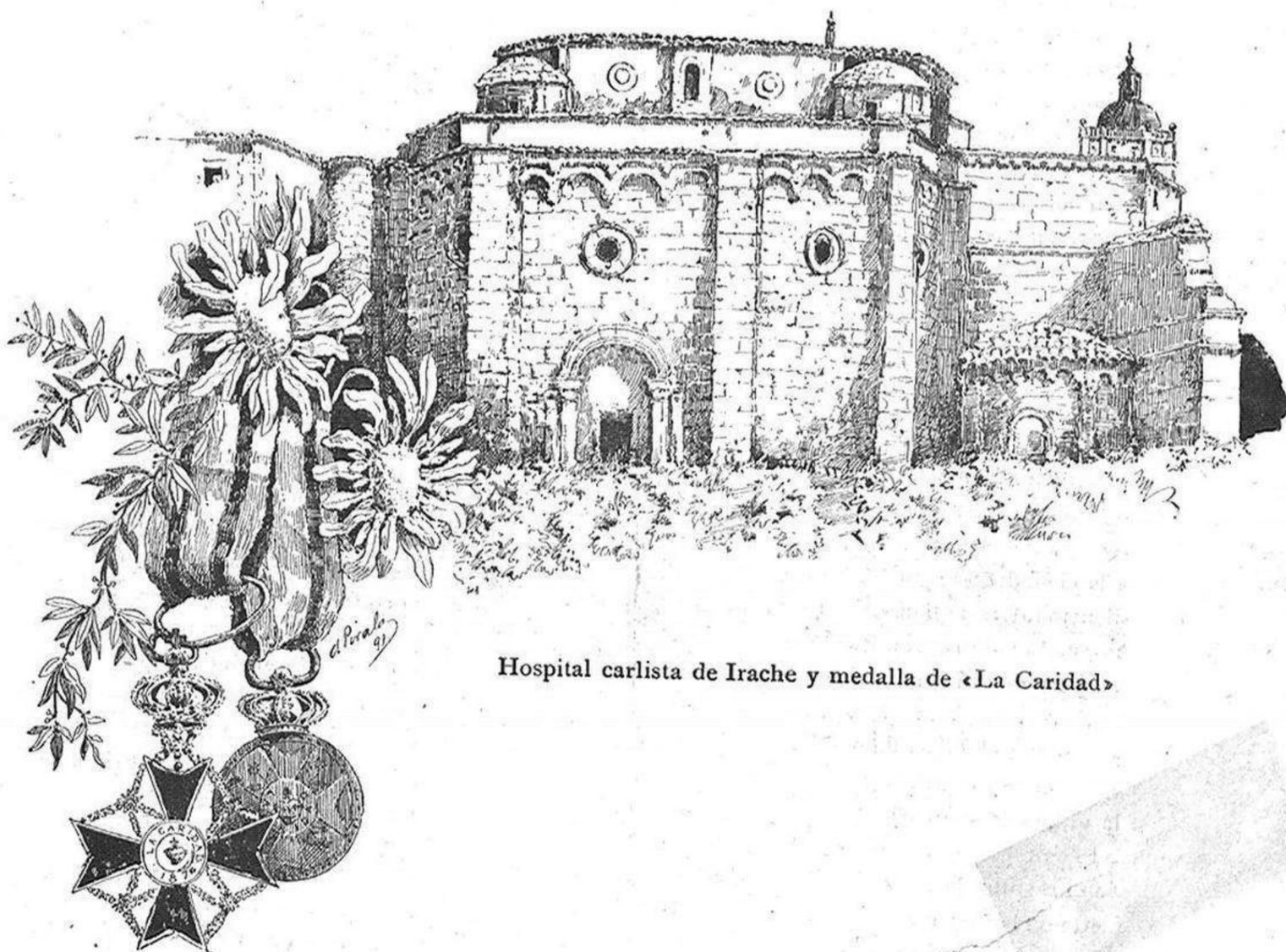
(1) De Aragón, *el Ceremonioso*.

merced á las demasías
de Sayas y de Liñanes.

II

El Rey de Castilla avanza.....
síguenle sus bravos tercios,
más que á refir con los moros
á duros combates hechos
con Aragón, fronterizo
de su dilatado reino.
Tras el gallardo monarca
caminan sus caballeros
ricos hombres y magnates,
que la corte de Don Pedro (1)

es de las más escogidas
y fastuosas de su tiempo.
.....
El sol se acerca á su ocaso
y á sus últimos reflejos
relumbran las armaduras
lanzas, escudos y aceros.
y..... allá en lontananza, presa
en sus murallones viejos,
Calatayud con sus torres
y sus castillos roqueros,
sus hacinadas viviendas
y sus almenados cercos,
se divisa, confundidos
sus chapiteles soberbios



Hospital carlista de Irache y medalla de «La Caridad»

con las hirsutas montañas
y los picos de los cerros
por donde el sol va ocultando
su rojo disco de fuego,
y á medida que la sombra
tiende sus crespones negros
en la campiña, y la luz
oscila languideciendo
del crepúsculo á la noche,
y se extingue por completo.....
la luna, entonces, orlada
de rutilantes luceros,
blanquea ligeramente
el azul del firmamento,
cual lámpara inmaculada
suspendida de los cielos.

.....
.....
Pero ya el Rey de Castilla

se detiene, junto al cerco
de la ciudad, apostando
sus lanzas y ballesteros,
—aquellos en la explanada
y en las quebraduras estos.—
Ya los bravos capitanes
dan órdenes en silencio
y en la sorpresa confían
y en su valeroso esfuerzo.
Ya esperan los castellanos
que llegue pronto el momento
de que ondee en la ciudad
la bandera de Don Pedro.
.....
Pero, súbito, la paz
de la noche, turba el lento
y acompasado tañido
de una campana; á lo lejos
de los muros suenan voces.....
hay luz en los reverberos.....
y se nota en la ciudad

(1) De Castilla, el Cruel

desusado movimiento.
 Cunde la alarma y ocupan
 los defensores sus puestos,
 los soldados las almenas
 los muros los ballesteros;
 ¡¡Es que ha tocado á rebato
 la campana de San Pedro!!

III

Aunque el toque de oración
 no ha sonado todavía,
 como la luz es dudosa
 — porque la tarde declina,—
 en las calles poca gente
 á tales horas transita.
 Que son asaz peligrosos
 los encuentros con golillas,
 y los honrados vecinos
 que no sirven banderías
 de Sayas ni de Liñanes,
 en sus moradas tranquilas
 se quedan en cuanto el Sol
 hacia el ocaso camina.
 Sólo el Barrio de la Paz
 y el Barrio de Judería,
 suelen ser frecuentemente
 los campos donde ventilan
 sus odios y sus rencores
 las dos rivales familias.
 Pero aquella noche estaba
 tan sosegada y tranquila
 toda la ciudad, que solo
 su silencio interrumpían
 los murmullos de las rondas
 y el suspiro de la brisa.

Mas..... suena el toque de queda.....
 y apenas el son expira
 de la última campanada,
 que el eco repercutía
 desde el castillo de Ayub
 al fuerte de la Martina,
 cuando, cual si hubiera sido
 una señal convenida,
 vuelve á entablarse la lucha,
 aceros y escudos brillan,.....
 suenan armas,..... y las gentes
 que Don Martín acaudilla
 se lanzan á Gil Liñán
 que con las suyas milita.
 Como es estrecha la calle,
 no se pierde una embestida,
 por cada estocada un grito,
 y cada lamento indica
 un individuo de menos
 en los lances de la riña.
 Y los corchetes, en tanto,
 y los hombres de justicia,
 aumentan la confusión
 con sus idas y venidas;
 —que aún más parece que huyen,
 que no la reyerta evitan.—
 Los combatientes se estrechan,
 las ventanas se iluminan.....
 ¡y no hay oído que aguante

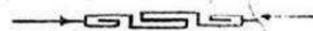
tan horrenda algarabía!
 Unos:—«¡Que mueran los Sayas!»
 Otros:—«¡Que vivan! ¡Que vivan!»
 —«¡dad plaza á Gil de Liñán!»
 —«¡Para el golpe!—«¡Brava huida!»
 Y es tan atroz el encono,
 y son tantos los que gritan,
 que parece que el Infierno
 anda por la Judería.....

En esto, como si fueran
 pocas tantas demasías,
 la campana de San Pedro
 en son de rebato, avisa
 que están al pie de los muros
 los tercios del de Castilla.
 Hay un momento de tregua
 en que unos á otros se miran
 los parciales, aún dudando
 si seguir la acometida,
 cuando don Gil de Liñán,
 vuelta la espada á la cinta,
 acercándose al de Sayas
 le dice con voz tranquila:
 —«La Campana de San Pedro
 recuerde á vuestra hidalguía
 que, ante la patria, los odios
 y los agravios se olvidan.
 Debajo de esas almenas
 el castellano nos cita;
 podéis, Don Martín, obrar
 como vuestro honor vos pida.
 Yo, después de la batalla,
 volveré por mí porfía»—
 A cuyas bravas razones
 Don Martín vuelta la vista
 á la muralla, á sus gentes
 en son de mandato, grita:
 —«Mientras Don Pedro Primero
 en Calatayud resida,
 ¡en esas almenas vive
 el honor de mi familia.»—

El pueblo, entonces prorrumpe
 en atronadores vivas,
 y el camino que separa
 el Muro y la Judería
 es de triunfo..... el más completo
 que alcanzaron en su vida
 los Liñanes y los Sayas
 con sus fieras banderías.

Cundió entre los sitiadores
 el suceso, y la indecisa
 y trémula luz del alba,
 vino á anunciar aquel día
 la retirada forzosa
 del Monarca de Castilla.

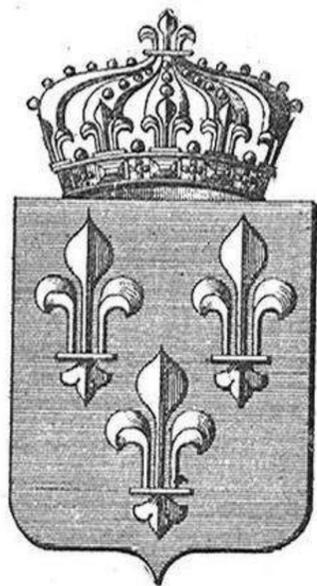
B. MUÑOZ-SERRANO.



NUESTRO AGUINALDO

CREEMOS que los suscriptores á esta Ilustración han de aceptar gustosos el que en el presente mes, con motivo de celebrar en él sus días Don Carlos de Borbón, les ofrece EL ESTANDARTE REAL.

De cuantía son los sacrificios que la Empresa de la *Biblioteca Tradicionalista* se impone para complacer á sus amigos y lograr que esta Ilustración alcance la altura que se merece la Causa cuyas glorias trata de perpetuar, pero también consignamos con reconoci-



miento que si nuestro empeño es decidido, y nuestro entusiasmo siempre creciente, corresponde al uno y al otro el público carlista, que de día en día se muestra más ávido de secundar nuestros deseos, procurando crezca el número de los que leen y coleccionan esta Revista. Dígalo, si no, la rapidez con que se han agotado los centenares de colecciones del primer tomo, hasta el punto de pagar algunos nuevos suscriptores precio alzado por números agotados, á otros que los poseían repetidos.

El *Arbol Genealógico* que repartimos con el presente número, trabajo muy minucioso de investigación histórica que se ha impuesto persona competentísima cuyo nombre nos está vedado revelar, y á la cual desde estas columnas enviamos sinceras felicitaciones, á la par que la expresión de nuestra gratitud, es á la vez que trabajo histórico, estudio político cuyo mérito no es preciso encarecer, y que permite examinar á simple vista y sin molestia la tan debatida cuestión dinástica española.

De propósito se mencionan sólo los agnados, ó sea la descendencia masculina, porque esta es la que de conformidad con la Ley Sálica fija los derechos hereditarios al Trono, y á fin de presentar con la mayor claridad posible el *Arbol*.

De los Borbones de España se han puesto los varones nacidos; de las demás ramas solamente los que dejaron sucesión, ó que viven hoy, aunque no la tengan. Se hace excepción de poner, en Francia, al Duque de Berri, hermano menor de Felipe V, porque estaba llamado á reinar en España si su hermano hubiese preferido la Corona de Francia.

La cruz que aparece al pie de algunos de los Bor-

bones fallecidos, indica que no dejaron sucesión masculina.

Y.... sólo una advertencia nos resta hacer: los puntos suspensivos que se ven en el *Arbol*, y que con justicia no han de satisfacer á nuestros correligionarios, puede cada uno de ellos eliminarlos, supliendo la omisión *forzosa* en que hayamos podido nosotros incurrir (1).

NUESTROS GRABADOS

Don Elicio de Bériz.

(Pág. 161.)

Este bizarro General, uno de los más distinguidos Jefes del disuelto Cuerpo de artillería, militó brillantemente en las filas carlistas, llegando á Ministro de la Guerra en los Estados de Carlos VII. Es una de las figuras más salientes en nuestro campo, y de los que en la paz como en la lucha siempre la sostienen con bríos contra el adversario.

En distintas épocas ha sido Presidente del *Círculo Tradicionalista*, de Madrid, tal vez con cierto disgusto, pues el General Bériz es de los que aceptan como mal necesario todos los trabajos que no vayan encaminados, de un modo directo y concluyente, á la realización de nuestros ideales, que son llevar á Don Carlos VII á Madrid.

Cróquis de la acción de Biurrún.

(Pág. 164.)

Véase el artículo de nuestro colaborador D. Antonio Brea.

Don Luis de Mas.

(Pág. 165.)

Personifica la lealtad y el entusiasmo carlistas.

Joven en edad, no se puede decir lo sea, pues ha visto transcurrir más de sesenta años, pero ninguno le gana en actividad cuando del bien de la Causa se trata.

Fué el Jefe del Cuerpo de Ingenieros carlistas en Cataluña, y de entonces data la amistad respetuosa que á él nos une, pues en el año 1874 militó á sus órdenes el fundador y director de esta Revista, que admira en su antiguo jefe al militar valiente y organizador y al más cumplido caballero.

A su iniciativa se debe la organización del Partido carlista en la alta montaña de Cataluña, y fué el fundador y primer Presidente del *Círculo Tradicionalista* de Vich.

Castillo de Miravet.

(Pág. 168.)

Sin perjuicio de ocuparnos más adelante con la extensión debida del sitio que en 1875 sufrió este fuerte, hoy nos limitaremos á consignar que el 17 de junio del expresado año se formalizó el sitio por Martínez Campos, con los cazadores de *Cataluña, Arapiles y Barcelona*, 1er. Batallón del *Príncipe*, 10 piezas de artillería y.... nada más.

(1) Para aquellos de nuestros suscriptores que á más del ejemplar del *Arbol Genealógico* correspondiente á la colección, deseen colocar otro en marco, esta Administración tiene ejemplares á la venta, que se remiten perfectamente arrollados, al precio de 3 ptas., y francos de porte.

Bravamente se sostuvieron los defensores del castillo, dentro cuyos muros arrojó el General alfonsino 1.200 granadas, dejando al descubierto los pechos de los leales carlistas del Maestrazgo que tras heroica defensa tuvieron que rendirse el día 24, cayendo en poder del ejército sitiador 200 prisioneros, 156 fusiles de diferentes sistemas y 4 cañones.

El cróquis que presentamos á nuestros lectores, es tomado del natural por el inimitable artista Sr. Pahissa.

Residencias de Don Carlos en la pasada guerra.

(Pág. 169.)

Bellamente combinados nos ofrece el Sr. Pirala en el dibujo de referencia tres de aquellas.

La de las inmediaciones de Bilbao la conocen nuestros amigos por haberla publicado hace meses, aunque en diferente forma, esta Revista.

Cuerno de Roldán de Roncesvalles.

(Pág. 172.)

Prenda de valor histórico incalculable que conserva en su Museo de Frohsdorf el Sr. Duque de Madrid.

Suceso providencial parece el que después de siglos haya venido á ser propiedad del Representante de la Causa española y tradicional, una prenda que fué propiedad del gran vencido francés á quien han inmortalizado con sus inspirados romances nuestros primeros poetas.

Entre los cantos de guerra que han inmortalizado aquel famoso combate, es notable por su enérgica sencillez, por su aire de primitiva rudeza, por su espíritu de apasionado patriotismo, de agreste y fogosa independencia, el que se nos ha conservado con el nombre de *Altabizaren cantua*, de que damos aquí una imperfecta traducción.

«Un grito ha salido del centro de las montañas de los Eskaldunacs: y el Etcheco-Jauna (el caballero hacendado, el señor de casa solariega), de pie delante de su puerta, aplicó el oído y dijo: ¿qué es esto? Y el perro que dormía á los pies de su amo se levantó, y sus ladridos resonaron en todos los alrededores de Altabiscar.

»Un ruido retumba en el collado de Ibañeta: viénesse aproximando por las rocas de derecha é izquierda: es el sordo murmullo de un ejército que avanza. Los nuestros le han respondido desde las cimas de las montañas; han tocado sus cuernos de buey, y el Etcheco-Jauna aguza sus flechas.

»¡Que vienen! ¡que vienen! ¡Oh qué bosques de lanzas! ¡Qué de banderas de diversos colores se ven ondear en medio! ¡Cómo brillan sus armas! ¿Cuántos son? ¡Mozo, cuéntalos bien! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte.

»¡Veinte, y aun quedan millares de ellos! Sería tiempo perdido quererlos contar. ¡Unamos nuestros nervudos brazos, arranquemos de cuajo esas rocas; lancémoslas de lo alto de las montañas sobre sus cabezas: aplastémoslos, matémoslos!

»Y ¿que tenían que hacer en nuestras montañas estos hijos del Norte? ¿Por qué han venido á turbar nuestro reposo? Cuando Dios hizo las montañas, fué para que no las franquearan los hombres. Pero las rocas caen rodando, y aplastan las haces: la sangre corre á arroyos; las carnes palpitan. ¡Qué de huesos molidos! ¡qué mar de sangre!

»¡Huid, huid, los que todavía conserváis fuerzas y un caballo! Huye, rey Carlomagno, con tus plumas negras y tu capa encarnada. Tu sobrino, tu más valiente, tu querido Roldán yace tendido allá abajo. Su bravura no le ha servido de nada. Y ahora Eskaldunacs, dejemos las rocas, bajemos aprisa lanzando flechas á los fugitivos.

»¡Huyen, huyen! ¿Qué se hizo aquel bosque de lanzas? ¿Dónde están las banderas de tantos colores que ondeaban en medio? Ya no despiden resplandores sus armas manchadas de sangre. ¿Cuántos son? Mozo, cuéntalos bien. Veinte, diez y nueve, diez y ocho, diez y siete, diez y seis, quince, catorce, trece, doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.

»¡Úno! ¡Ni uno siquiera hay yal! Se acabaron, Etcheco-Jauna, ya puedes retirarte con tu perro, á abrazar á tu esposa y tus hijos, á limpiar tus flechas, y encerrarlas con tu cuerno de buey, á acostarte después y dormir sobre ellas.

«Por la noche las águilas vendrán á comer esas carnes machacadas, y todos esos huesos blanquearán eternamente.»

Irache y medalla de «La Caridad».

(Pág. 173.)

Nueva perspectiva de este edificio, hoy residencia de los RR. PP. Escolapios, y que ya conocen nuestros lectores.

Las medallas creadas para premiar los humanitarios servicios prestados por las ambulancias de *La Caridad*, fueron tres: en oro, en plata y en cobre.

Medalla de Carlos VII.

(Pág. 166.)

La publicación del Decreto de Don Carlos á la terminación de la guerra, da oportunidad á la reproducción de esta condecoración, una de las más estimadas en el Campo carlista, y que pueden hoy ostentar, ya en plata, ya en cobre, cuantos con honor sirvieron bajo las banderas de Carlos VII.

Según dejamos indicado en la nota de la pág. 166 es posible que dentro poco la Empresa de la *Biblioteca Tradicionalista* tenga algunas de estas medallas á la venta que se expenderán: las de plata, á 15 pesetas, y á 10 las de cobre.

Es indicado llevarla como dije en el *chatelain* del reloj, y nuestros amigos que desean adquirirla, podrán desde luego dirigir sus pedidos á esta Administración.

Terminada ya la impresión del tomo III y último del *Album de Personajes Carlistas*, que contiene más de 200 páginas de texto y 26 magníficos retratos por Paciano Ross y J. Pahissa, se está procediendo al reparto de los cuadernos del 10 al 13, y próximamente habrá tomos á la venta, que como los I y II, se venderán á 3 pesetas en rústica y á 4 lujosamente encuadernados en percalina de color y planchas doradas.

Dispuestos ya los materiales para el presente número, recibimos la infausta nueva del fallecimiento del General Calderón, á quien es justo dedique un recuerdo esta Revista, y con la ayuda de Dios lo haremos en el próximo número.

EL ESTANDARTE REAL

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: 1 año.. . . . 7'50 pesetas.
6 meses.. . . . 4 »

Extranjero y Ultramar: 1 año.. . . . 12 »

Se admiten anuncios para las cubiertas, á precios convencionales.

Dirigirse para las suscripciones y anuncios al Administrador de la BIBLIOTECA TRADICIONALISTA, Ronda de la Universidad, 14, Barcelona: apartado de Correos núm. 147.

El pago de las suscripciones se hará en libranzas del Giro Mutuo, en letras de fácil cobro ó en sellos de Correo.

Se remitirá un número de muestra á las personas que lo pidan.

Son corresponsales de EL ESTANDARTE REAL todos los de la *Biblioteca Tradicionalista*, de *Lo Crit d' Espanya* y de *La Carcajada*.

Imp. «La Ilustración» á c. de Fidel Giró, Paseo S. Juan, 168.